

“Religiões da Lusitania” en el propio Museo Nacional de Arqueología de Lisboa, fue dedicado a dos egregios investigadores decimonónicos que ayudaron a valorar los primeros ejemplares conocidos, José Leite do Vasconcelhos y Emil Hübner. En sus trabajos se reflejan, en primera instancia, el interés y la necesidad de celebrar un coloquio como éste, pues en cierto sentido aún se observa la ausencia de una interpretación generalmente aceptada, pese a los ciento cuarenta años transcurridos desde la primera publicación, a cargo del epigrafista alemán. Esta carencia afecta, incluso, en la forma de calificar las estatuas de guerreros (lusitanas-galaicas, lusitanas, galaicas, castreñas.....), algo que se transmite en la totalidad de los trabajos presentados, pese a la reiterada impresión de la organización sobre el consenso en no usar términos étnicos.

Las dudas principales se refieren a la cronología, la funcionalidad y los contextos culturales que definen estas estatuas, principales objetivos de estas jornadas que, si bien no se han podido resolver definitivamente a causa del lastre inicial informativo que conllevan, sin duda han sido aclaradas en más de una dimensión desconocida hasta el momento. Porque esta aportación, que se irá valorando en su justa medida con el tiempo, parte de una generalizada ausencia de conocimientos sobre los contextos originarios de estas manifestaciones, ausencia incluso en el único caso creído haber sido hallado *in situ*, Sanfins (Cat. Nº 26). En efecto, una de las páginas más atractivas del la publicación es el relato en primera persona realizado por el prof. Armando C. F. da Silva, describiendo pormenorizadamente, por vez primera, las circunstancias de tal hallazgo en 1961 y dejando patente que los restos de la famosa estatua, no sólo no fueron hallados *in situ* sino que pudieran haber pertenecido a más de un ejemplar, eso sí, de idéntico cánón, y relacionados en sus valores con el carácter sacro del edificio en el que fueron enterrados a mediados del siglo I (p. 247).

El enfoque metodológico aplicado al Coloquio, de carácter tradicional, residió en el cotejo de diferentes opiniones interpretativas y su enriquecimiento mediante los estudios realizados sobre facetas concretas de los guerreros o sobre manifestaciones culturales asimilables. Tras el catálogo de los 32 ejemplares conocidos, debido a F. Calo Lourido, con descripciones magras, dimensiones y el excelente acompañamiento gráfico propio de nuestro Instituto germano (Láms.: 1-50), este autor expone sus conocidos planteamientos en cierto sentido divergentes, o a veces totalmente diferentes, a los expuestos a continuación, los trabajos de A. C. Ferreira da Silva, M. Höck y J. de Alarcão. Todos ellos se ven enriquecidos por análisis concretos como los debidos a las referencias greco-latinas relacionables con las estatuas (M. Koch), al estudio integral de las armas como principales elementos representados (F. Quesada) y al mismo carácter figurativo de estas manifestaciones desde su concepción artística, trabajo debido al mismo T. Schattner. Debo aclarar que estos tres trabajos, lejos de ser planteados como meros complementos, arrojan una gran cantidad de información objetiva sobre los anteriores y suponen, en mi opinión, las aportaciones más atractivas de este Coloquio.

THOMAS SCHATTNER (ed): *Die Lusitanisch-gallischen Kriegerstatuen.*, Madrider Mitteilungen 44, Teil I, 1-310, 2003, Mainz am Rhein. ISSN 0418-9744.

En enero de 2002, patrocinadas por la Embajada de Alemania en la República de Portugal y organizadas por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, se celebraron unas interesantes jornadas dedicadas al estudio de una de las manifestaciones más espectaculares y, en cierto sentido, desconcertantes de la Arqueología peninsular, los llamados “guerreros lusitanos, lusitanos-galaicos, galaicos o castreños” según las diferentes preferencias de los diferentes investigadores que han tratado el tema.

Los debates, que se celebraron en las sedes del *Museu Nacional de Arqueologia* y del *Goethe Institut* de Lisboa, fueron coordinados por el Dr. Thomas G. Schattner, reconocido investigador de densa formación académica hispano-lusa. La quincena de contribuciones aportadas, debidas a otros tantos destacados especialistas europeos, han sido publicadas en el último número de la revista *Madrider Mitteilungen*, a modo de actas con debates. La revista nos ofrece, así, un exacto reflejo de la calidad de estas jornadas, que podríamos considerar de “extraordinarias” no sólo por la profundidad y amplitud con las que se abordó el tema, sino por las contribuciones sobre manifestaciones paralelas que, como la estatua centroeuropea o itálica de la Edad del Hierro, podrían aportar diferentes enfoques y puntos de vista paralelos interesantes para la comprensión final del fenómeno.

El evento, organizado aprovechando la exposición

Aún así, la iniciativa de la organización trascendió de los contextos específicos de los mismos guerreros y se acercó a las manifestaciones asimilables del resto del territorio peninsular y de gran parte del ámbito europeo, en algunos casos un tanto alejados en el tiempo pero no en los valores ideológicos que reflejan. Por ello se incluyeron sendos trabajos de M. Almagro-Gorbea, sobre la escultura hispanocelta y de M. Blech, sobre la estatuaría ibera, siendo ambas aportaciones útiles para confirmar, por una parte, la singularidad de los guerreros galaicos como manifestación escultórica concreta pero, también, la presencia de elementos específicos compartidos con las características “célticas” e “iberas” de una estatuaría peninsular, por otra parte tan diferente como llena de excepciones (como los mismos verracos vettones o las estelas ibéricas que Blech, agudamente, analiza). En el tratamiento del coloquio, estas referencias cercanas son previas a las destacadas por los estudios dedicados a la gran estatuaría “celta” del Hallstatt y La Tène Inicial, especialmente en ejemplos tan reconocidos como las figuras de Glauberg (a cargo de F.-R. Herrmann), Vix (por C. Chaume y W. Reinhard), Capistrano (por O.-H. Frey) y, la más antigua, Hirschlanden (por D. Marzoli). Las asombrosas coincidencias de algunos detalles formales de muchas de estas estatuas itálicas y centroeuropeas con algunos guerreros galaicos, detectadas en estos estudios, justificaron plenamente su inclusión, pese a que *a priori* son manifestaciones que en nada parecen relacionarse con la Península Ibérica. Y, por el contrario, las supuestas más cercanas analogías con la estatuaría gala de Entremont y Roquepertuse, y otros yacimientos del Mediodía francés (estudiadas por A. Rapin), se mostraron equívocas, bien por considerarse convergencias de un indefinido sustrato común, bien por desconocerse el verdadero contexto histórico de muchas de ellas, especialmente de las numerosas cabezas estilo “Jacobsthal” halladas en Centroeuropa, en Francia, en significativas regiones de las Islas Británicas como Yorkshire, y de la Península Ibérica, como Galicia o Extremadura (bien destacadas por M. Almagro-Gorbea). Pese a que las tradiciones populares, en todos estos territorios, son unánimes en afirmar su celticidad, ni V. Megaw, ni A. Rapin o M. Szabó ocultan sus dudas sobre ésta, al demostrar la existencia de esculturas similares como producciones locales propias del período romano, del medieval, e incluso tan modernas como los comienzos del siglo XIX (p.e. Darrylin: 280 y fig. 14).

En suma, la reunión permitió confrontar diferentes interpretaciones sobre la cronología y el significado de las estatuas de los guerreros “galaicos”, y enriquecerlas con enfoques especializados así como con analogías documentadas en fenómenos escultóricos similares de la Europa protohistórica, que aportan nuevas luces interpretativas. Es cierto que, de inicio, se hecha en falta un tratamiento instrumental más actualizado, con análisis “traceológicos”, petrológicos quizá, y sobre todo espaciales, estos últimos en la línea por ejemplo de las importantes síntesis dedicadas por J. Álvarez-Sanchís a los verracos de los Vettones. Pero, aún así, la calidad del trabajo realizado es incuestionable y sirve para demos-

trar cómo se puede avanzar mucho en el conocimiento histórico-arqueológico desde los planteamientos tradicionales de la “vieja escuela” interpretativa de la escultura antigua, fundamentalmente “formalista”. Entre las interpretaciones más aceptadas sobre estos guerreros, que contextualizan el fenómeno en los contextos de la Romanidad incipiente en el Noroeste, las posiciones radicales de F. Calo respecto al escaso reconocimiento de un papel de la sociedad indígena prerromana entre sus factores generadores (“esta lleva una vida pobre y lánguida hasta los contactos con Roma”, p. 37), se ven adecuadamente matizados por otras aportaciones, como la de A.C.F. Da Silva que revaloriza el peso cultural y económico de la Protohistoria *castreja*, plasmado en la realización de estelas-menhires como las de Chaves, Fajoes, S. João de Ver... De igual modo es muy interesante la propuesta de J. De Alarçao, que considera la posibilidad de que estas estatuas fueran representaciones de los príncipes indígenas potenciados por los romanos como cabezas visibles de una nueva organización étnica, la reflejada por los numerosos gentilicios citados por las fuentes greco-latinas. Relacionar estos vectores con la presencia de *oppida-civitates* es la propuesta más atrayente y renovadora, metodológica y conceptualmente hablando, por sus pretensiones de integridad y coherencia, pero le falta apoyo arqueológico y le sobra cierto grado de presunción, como el mismo investigador reconoce (p. 123) y le recuerda, acertadamente, A.C.F. Silva en los debates (p. 147).

Aún así, el contexto de las estatuas es consensuadamente aceptado en un rango temporal de mediados del siglo II a.C. a mediados del I d. C. y una motivación relacionada con el proceso de transformación social acaecido con la llegada de Roma a *Callaecia*. Por ello pudiera sorprender que la Organización del coloquio no haya incluido entre los ponentes a un especialista en escultura romano-republicana. No obstante, debo comentar que el mismo T. Schattner, en su detallada aportación, se encarga de analizar estas posibles analogías, especialmente recurrentes en relación con el Augusto de *Primaporta*. Así, con un afortunado enfoque explícitamente ecléctico, Schattner inicia el análisis de este postulado y lo incorpora en un modelo teórico de estudio formal que le permite alcanzar conclusiones coherentes con los conocimientos actuales. Entre ellas, descarta cualquier relación directa con la escultura romana contemporánea (en la línea expresada también por M. Höck: 56), pero reconoce un conjunto de rasgos claramente influenciados por ella. Algunos de estos pueden ser cuestionables, como los pies desnudos que, además de aportar la relatividad de la prueba por ausencia, tiene remotos precedentes en las escasas representaciones humanas del Occidente europeo, como las mismas estelas “de guerrero” del Bronce Final extremeño (Celestino 2001: 93). Pero otros rasgos nos parecen, en efecto, de una “romanidad” incontestable, como especialmente la disposición avanzada de una de las piernas, la presencia de plintos o la misma aparición del bulto redondo en este confin atlántico. Por ello, independientemente de la adscripción de algún detalle, la propuesta de Schattner concluye en la definición de una serie de esculturas con rasgos de origen cla-

ramente prerromano y otra, numéricamente menor, en la que las influencias romanas son patentes. El resultado es, por tanto coherente, aunque otra cosa sea conocer si tales distinciones responderían, también, a un desarrollo cronológico diferenciado, como es lógico considerar. Para confirmarlo es preciso documentar piezas con contextos arqueológicos contrastados. Queda claro, también, que frente a las convergencias formales de elementos representados en las estatuas de Capeludos o Sabanle con la estatuaria del Hierro Antiguo Centroeuropeo, se conocen similitudes claras que implican símbolos y formas romanas, quizá incluyendo el carácter especial de ser portadores de puñales y escudos como sus armas características, sin espadas y sin lanzas –pues el trabajo de F. Quesada aporta contundentes planteamientos para defender el valor simbólico de la representación de sus armas–, una asociación que en las legiones se encuentra sólo entre una figura tan representativa como singular en la estructura social romana, el centurión. Reconocer en ello un préstamo simbólico de los legionarios hacia los jefes de sus unidades auxiliares, celtibéricas fundamentalmente, es una posibilidad cuyo reflejo ya contemplamos en ámbitos contemporáneos de la cercana *Asturia* (Berrocal *et al.* 2002: 322). Pero limitar el extenso significado de estas estatuas a una única razón y momento es dejar numerosas preguntas sin contestar, y obviar datos y referencias prerromanas claras como las que este coloquio ha puesto de relieve, y cuyas referencias cronológicas remiten a momentos muy anteriores a los augusteos, cuando los emplazamientos militares romanos se reconocen en el Noroeste (véase por ejemplo en estado de la cuestión en Morillo *et al.* 2003). Por resolver, todavía, las diversas funciones concretas de estas estatuas, entre las que se insinúa también un posible origen funerario (pp. 246-247).

En conclusión, entre las aportaciones fundamentales de este coloquio destacamos la afirmación de la cronología dual de las estatuas, republicanas y julio-claudias; y la definición ideológica de la mentalidad que las concibe y talla, claramente inserta en las estructuras indígenas de la Edad del Hierro abiertas a la Romanidad. Porque es consensuada su génesis como consecuencia de genéricas, pero patentes, influencias romanas, llegadas a la región con las primeras legiones. Se constata con ello un proceso convergente con el conocido en el surgimiento diacrónico de la escultura monumental halls-tática y lateniense en relación con el comercio etrusco, picens y griego de los siglos VII y V a.C. Y, precisamente, la diacronía de estas convergencias se refuerza con la detección de nexos simbólicos comunes, reflejados por ciertas disposiciones formales y elementos entre fenómenos escultóricos tan alejados en el tiempo y en el espacio. Por ello, explicaciones sociales como las argumentadas por M. Szabó en relación con las analogías propias de las “periferias de la periferia” mediterránea, se presentan como las respuestas de fácil planteamiento, sin que por ello contesten a los interrogantes profundos que parecen demostrar una ideología ancestral común. Al fin y al cabo, la tan recurrida ausencia de precedentes escultóricos en el Noroeste ha demostrado no tener otra argumentación más que la debilidad que

prueba la ausencia de datos, ausencia poco a poco paliada gracias a hallazgos como las estatuas de Chaves o São João de Ver que, aún fechadas entre los siglos V y IV a.C. por iconografía, son la respuesta recurrente con los precedentes de Entremont, o Roquepertuse, respecto a las estelas esculpidas de las Edades del Bronce.

BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ, P. y RUIZ, C. 2000: *El Castiellu de Llagú (Latores, Oviedo)*. Real Academia de la Historia. Principado de Asturias. Madrid.

CELESTINO PÉREZ, S. 2001. *Estelas de guerrero y estelas diademadas*. Bellaterra. Barcelona.

MORILLO, A.; CADIOU, F. y HOURCADE, D. (eds): *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto*. Universidad de León. Casa de Velázquez. Salamanca.

Luis Berrocal-Rangel

Dpto. de Prehistoria y Arqueología

Universidad Autónoma de Madrid

E-28049 Madrid

Correo Electrónico: luis.berrocal@uam.es